

PREFACIO

SOBRE

EL EVANGELIO DE SAN JUAN.

I.
Observación
sobre la
persona de
S. Juan.

SAN Juan Evangelista, natural de Betsaida en Galilea, era hijo de Zebedeo y de Salomé, y su ejercicio era el de pescador. Algunos (1) han creído que había sido discípulo del Bautista, antes que siguiese á JESUCRISTO; pero este hecho carece de certeza. El Salvador dió á Juan y á Santiago el Mayor, su hermano, el sobrenombre de *Boanerges*, ó hijos del trueno (2), á causa, según parece, de la vivacidad de su celo, y porque un día le pidieron permiso para hacer caer fuego del cielo sobre una ciudad de los Samaritanos, que no había querido recibirlo (3). Se cree que S. Juan fué llamado al apostolado mas joven que ninguno de los otros apóstoles (4), pues solo tenía cosa de veinticinco ó veintiseis años. Los Padres enseñan que conservó siempre su virginidad (5). El Salvador tuvo por él una ternura particular, de que le dió sensibles pruebas poco antes de espirar en la cruz, confiándole á su madre la Virgen (6). El es el único de los apóstoles que no abandonó á su divino Maestro en su pasión, ni aun en su muerte. Se asegura que predicó el Evangelio á los Partos (7), y fundó ó gobernó la mayor parte de las Iglesias del Asia Menor (8). Permaneció bastante tiempo en Efeso, á donde se pretende que le siguieron la Santísima Virgen y María Magdalena. Bajo el imperio de Domiciano fué llevado á Roma, y echado en una caldera de aceite hirviendo, de donde salió mas sano que antes (9). En seguida fué desterrado á la isla de Pátmos, en donde escribió su Apocalipsis (10), y según algunos, también su evangelio: de allí regresó á Efeso en donde murió (11).

II.
En qué tiempo, lugar
y ocasión
escribió S.
Juan su e-
vangeliol

Todos convienen en que escribió su evangelio, siendo ya de avanzada edad, pero no están acordes sobre el año y lugar en que lo compuso. Muchos (12) han dicho que fué en Efeso á la vuelta de su destierro en Pátmos; y otros (13) sostienen que fué en aquella isla, que es una de las Sporadas en el mar Egeo. Varios manuscritos griegos refieren que escribió treinta y dos años despues de la ascension de nues-

(1) Chrys. in Joan. 17. et Epiph. haeres. 51.—(2) Marc. iii. 17.—(3) Luc. ix. 54.—(4) Hieronym. in Joann. lib. 1. cap. 14. et epist. 1. et Paul. ep. 386.—(5) Epiph. haeres. 38. Ambros. de Symb. c. 30. Chrysost. de Virgin. c. 82. Paulin. ep. 4.—(6) Joan. xix. 26. 27.—(7) Vide Aug. quaest. Evang. lib. ii. cap. 39.—(8) Hieron. de Vir. illustr. c. 9. Tertull. contra Marcion. l. iv. c. 5.—(9) Tertull. de Praxerit. Hieron. in Joann. i. c. 14.—(10) Apoc. i. 9. Hieron. in Matt. Tertull. Praescrit.—(11) Victor. Petavian. in Apoc. Auth. quaest. vet. et nov. Test. quaest. 72. Syr. Per. Coptit. in fine evang. Joan. etc. Theophyl. Prolog.—(12) Athan. in Synops. Auth. oper. imperf. homil. i. Hippolyt. MS. in biblot. Bodl. Davot. Theophyl. Eutyech. Mss. plurces. Apud. Mill. not. in cap. 21. post. v. 25. Suidas.

tro Salvador (1); algunos leen treinta, y otros treinta y uno. Unos fijan la época en tiempo de Domiciano, otros en el de Trajano. Nuestros cronologistas no convienen entre sí sobre estas datas; pero la mayor parte cree que el evangelio se escribió despues de haber vuelto S. Juan del destierro de Pátmos, hácia el año 98 de Jesucristo; el primero de Trajano, sesenta y cinco despues de la ascension de nuestro Salvador, teniendo entonces el apóstol cosa de noventa y cinco de edad.

Los antiguos (2) nos dicen que el motivo principal que lo obligó á escribir el evangelio, fueron las heregias nacientes de Cerinto y de Ebion, que negaban la divinidad del Verbo. Hay mucha apariencia de que tambien tuvo presentes á los Judios incrédulos, y á los filósofos platónicos y estoicos. El ocló por tierra sus principios y sus errores en todo su evangelio, y principalmente en el primer capítulo, que es un compendio de cuanto hay mas elevado en la religion cristiana.

Por mucha repugnancia que sintiese para escribir, se resolvió á hacerlo sin embargo, no pudiendo resistirse á las instancias de sus discípulos, de los obispos, y de las iglesias, que se lo suplicaban; ni á la inspiracion del Espíritu Santo que lo impulsaba (3). Sin embargo no lo hizo, sino despues de haber leído, examinado, elogiado, y aprobado los evangelios de los otros tres evangelistas (4), y con el desinio de suplir lo que ellos pudiesen haber omitido, principalmente en lo que miraba á la doctrina del Salvador, y á los misterios de su encarnacion y de su divinidad; porque los otros se habian aplicado mas bien á darnos el detall de los milagros del Salvador, que á descubrimos estos secretos, de los que quizá no se hallaban todavía los pueblos bastante capaces, cuando ellos empezaron á escribir.

(En los diez y siete primeros capítulos de S. Juan, casi no hay mas que los veinte y un primeros versiculos del cap. vi, que le sean comunes con los otros evangelistas; y en el resto del libro hay un muchos pasages que les son propios. El pasa en silencio la mayor parte de los hechos que llenan los tres años y medio del ministerio público de Jesucristo, referidos ya por los otros evangelistas. Solo procura distinguir las cuatro Pascuas contenidas en este intervalo (5) que no se hallan distinguidas en los otros evangelios. Aun parece que esto es lo que le dió lugar de referir en los primeros versiculos del cap. vi, el milagro de la multiplicacion de los cinco panes, ya referido en los otros evangelistas; este milagro le sirve para fijar la época de la tercera Pascua.)

No empezó S. Juan á escribir sino despues de un ayuno y oraciones públicas. Pronunció las primeras palabras de su evangelio al salir de una profunda meditacion (6), y aun hay quien diga que estas primeras palabras fueron acompañadas de relámpagos y truenos (7); lo que bien podria haberse tomado de la expresion de algunos padres (8), que haciendo alusion al nombre *Boanerges*, ó hijo del trueno,

(1) Ita Mss. plurcs ad vulgum evang. Joan. Vide Mill. post. c. 21. Joan. Ita Theophyl.—(2) Clem. Alex. Apud Euseb. l. vi. c. 14. Hist. eccl. Hier. de Vir. illustr. et Prolog. in Matt.—(3) Epiph. haeres. 51. c. 12.—(4) Vide Euseb. l. iii. c. 4. et Hist. eccl. Hier. de Vir. illustr. Clem. Alex. apud Euseb. l. vi. c. 14. Hist. eccl. Epiph. haeres. 51. Theodor. Mops. in Catech. Gr. anagn. in ead. Catech.—(5) Primera Pascua, Joan. ii. 13. Segunda Pascua, Joan. vi. 1. Tercera Pascua, Joan. vi. 4. Cuarta Pascua, Joan. xiii. 1. et seq.—(6) Vide Hieron. Prolog. in Matt. Chrysost. homil. 67. tom. 6.—(7) Vide Baron. initio. an. c. 99.—(8) Paul. ep. 24. p. 213. Epiph. haeres. 73. c. 7. V. de Aug. serm. 135. c. 8.

que dió el Salvador á S. Juan, dicen que ha verificado esta denominacion principalmente en el principio de su evangelio, que es como un trueno que viene de una nube muy alta; pero acompañada de una luz llena de serenidad, por medio de la cual describe el evangelista lo que estaba oculto en el seno del Padre. S. Gregorio de Tours (1) dice, que en su tiempo se veia todavia, en la cima de una montana cerca de Efeso, el lugar en que se creia por tradicion que S. Juan habia escrito su evangelio. Era este un parage rodeado de cuatro paredes; y se aseguraba que la lluvia no habia caido en él en todo el tiempo que duró escribiéndose el evangelio, ni aun despues de haberse escrito.

Algunos antiguos (2) han creido que para escribirlo se sirvió de la mano de Cayo, que habia sido discípulo de S. Pablo, que tal vez es el mismo Cayo, á quien S. Juan dirigió su tercera epístola. Otros dicen (3) que envió su evangelio á Papias, obispo de Hierápolis, discípulo suyo, para que le sirviese de suplemento y explicacion á lo que de viva voz le habia enseñado. Lo que hay de cierto es, que el estilo del evangelio de que hablamos, y el de las tres epístolas de San Juan, es el mismo; en él se ven, no solamente el giro y carácter de expresion propios de S. Juan, sino tambien la misma doctrina, las mismas máximas, y hasta los mismos términos. Alguna dificultad hay, ó alguna variedad de opiniones en cuanto al estilo del Apocalipsis; pero de esto hablaremos en otra parte.

S. Dionisio de Alejandria (4) hallaba en el evangelio de S. Juan elegancia y exactitud de lenguaje, que consistian no solo en la eleccion y arreglo de las palabras, sino tambien en el razonamiento y la construccion. Nada se halla allí, dice este Santo, que sea bárbaro ó impropio, bajo ó vulgar; de manera que parece que Dios dió á este evangelista no solamente el don de luz y conocimiento, sino igualmente el de expresar bien sus concepciones.

Nuestros criticos (5) no convienen en un todo con S. Dionisio de Alejandria en lo tocante á la elocuencia y gracias de la diction que cree hallar en S. Juan. No puede negarse á este Santo la grandiosidad de las cosas y la magestad de expresion en muchos pasages; pero hay otros en que su estilo parece sencillo y bajo. Se ven en él rasgos de la lengua siríaca ó hebraica, repeticiones y giros de frase, que no manifiestan la delicadeza de la lengua griega. Todos saben (6) que este santo evangelista no habia estudiado las letras humanas, y que no tenia tintura alguna de la elocuencia, ni de la retórica artificial, sin que esto sea en detrimento suyo. Este ligero defecto se halla bien recompensado con las luces sobrenaturales, con la profundidad de los misterios, con la excelencia de las cosas, con la solidez de los pensamientos, y con la importancia de las instrucciones. El Espíritu Santo que lo escogió y animó, es superior á la filosofia y á la retórica, y posee en grado eminente el talento de llevar la luz al entendimiento y el fuego al corazon: instruye, convence, y persuade, sin necesitar el arte ni la elocuencia.

Por sencillo que parezca en su estio el evangelio de S. Juan, no

(1) Greg. Turon. de glor. Mart. c. 20.—(2) Athan. in Synops. Doroth. et Cod. Ms. Seld.—(3) Anonym. in Caten. Gr. Prolog.—(4) Dionys. Alex. apud. Euse. l. vii. c. 25. (5) Vide Crit. prolog. in Joan.—(6) Theophyl. Prozem. in Joan. Crit. alii.

ha dejado de merecer los elogios de los hombres mas grandes y mas ilustrados. Si los evangelios son como las primicias, y la parte mas excelente de las Santas Escrituras, dice Origenes (1), el mismo evangelio de S. Juan es como las primicias de los evangelios y de todo el Nuevo Testamento. Nadie puede dignamente comprender toda su profundidad, sino el que, como este santo evangelista, se ha reclinado en el pecho del Salvador: es, dice el mismo padre, el sello que confirma á los otros evangelistas, y la columna sobre la cual acabó Dios de afirmar su Iglesia. Con razon los santos padres comparan con el águila (2) á este sagrado evangelista, pues levanta el vuelo hasta el trono del mismo Dios. El número de los misterios que contiene, es tan grande como el de las sentencias (3).

Decia un platónico, que lo que en este evangelio se dice de la grandeza del Verbo, merecia estar escrito con letras de oro, y colocado en los sitios mas eminentes de las iglesias (4). Otro platónico llamado Amelio, que vivia en el siglo III, decia que S. Juan hablandose del Verbo, habia enseñado, á pesar de ser bárbaro, que por él existian todas las cosas; que era eterno, que era principio de cuanto existe, que era el mismo Dios; que en él vive y existe cuanto hay en el universo; que habia encarnado sin dejar de ser Dios; que debia volver á Dios, y ocupar en fin, el mismo lugar que ocupaba antes de haber bajado á la tierra (5). Finalmente, otros muchos filósofos lo han admirado, y no se han avergonzado de insertar en sus escritos las palabras de este pescador, de este bárbaro, como ellos le llamaban, que jamas habia leído ni estudiado las ciencias humanas.

Porque la pretension de algunos autores modernos, de que San Juan habia tomado de Platon ó de Filon el Judío, lo que ha dicho del Verbo, es una pretension quimérica y sin fundamento. Pudo aprender de viva voz por sus discípulos, ó por los mismos filósofos, alguna cosa en general del Verbo y del principio, de que habla Platon; y aun hay grande apariencia de que los tuvo muy presentes en lo que dijo al comenzar su evangelio; pero era para refutarlos; y el Verbo de que él habla es muy diferente del de los platónicos y el de Filon (6). A cualquiera que tiene gusto y discernimiento en materia de estilo y de filosofia, le es fácil reconocer que S. Juan ninguna tintura tenia ni de la filosofia ni de la elocuencia de los Griegos, ni de la de Platon en particular.

Se dice que su evangelio se conservaba original en la iglesia de Efeso, aun en el siglo séptimo, ó á lo ménos en el cuarto, pues S. Pedro Alejandrino, citado en la Crónica de Alejandria (7), lo asevera expresamente. Los Hebreos lo tradujeron bien presto en hebreo, es decir, en siríaco; y S. Epifanio (8) refiere que lo conservaban como cosa preciosa en su biblioteca secreta de Tiberiades sobre el mar de Galilea.

La Iglesia ha reconocido siempre como auténtico el evangelio

(1) Orig. proef. in Joan. ex edit. Gr. Lat. Huet. Vide et Iren. l. iii. c. i. Epiph. haer. 30. c. 6.—(2) Vide Paul. in ep. 24. Aug. tract. 36. in Joan. Orig. in Joan. alii passim.—(3) Ambros. de Sacram. l. iii. c. 2.—(4) Aug. l. x. de Civit. c. 29. et Simplic. Medulan. episc.—(5) Vide Euseb. Praepar. l. xi. c. 19. Cyrill. Alex. in Julian. l. vii.—(6) Véase adelante el Comentario de Calmet sobre S. Juan, cap. 1.—(7) Vide Chronic. Alex. et MS. fragment. de Paschate apud Petav. et Usener.—(8) Epiph. haer. 59. c. 3.

de S. Juan. S. Epifanio (1) da el nombre de *Alogi*, ó enemigos del Verbo, á aquellos que le disputaban su autenticidad. Estos hereges atribuían á Cerinto el evangelio de que hablamos; pero nada mas disparatado que semejante pretension, cuando por todas partes destruye S. Juan los errores de Cerinto. Además, este evangelio es citado por todos los antiguos padres, y atribuido al apóstol S. Juan. Ninguna apariencia hay, pues, de que Cerinto sea su autor, ni de que la Iglesia se haya equivocado. Anádase lo que hemos dicho del evangelio que se creía el original de evangelista, y se conservaba en Efeso al fin del siglo tercero. En fin, si Cerinto es el autor de este evangelio, será preciso decir que tambien ha escrito el Apocalipsis y las epístolas de S. Juan, pues es el mismo el estilo de estas tres obras.

Otros han querido contestar la verdad de este evangelio por el estilo, que es diferente del de los otros evangelistas, no solamente en la narracion, lo que nada probaria, sino en los discursos que ponen en boca del Salvador. ¡Es creible que Jesucristo se hubiera explicado de tan distinta manera en S. Mateo, por ejemplo, y en S. Juan! En este, sus discursos son largos, llenos de repeticiones y razonamientos, en los cuales muchas veces da trabajo hallar la continuidad y el encañamiento; en aquel, su modo de hablar es conciso, sentencioso, claro, y casi siempre parabólico. En los otros evangelistas dice el Salvador muy de ordinario: *Amen dico vobis*; en S. Juan el *Amen* se duplica: *Amen, amen dico vobis*.

Mas estas razones no tienen solidez alguna. Los escritores sagrados conservan en sus escritos el estilo que les es propio: cada uno habla segun el gusto de su pais y de su lengua; y cuando refieren los discursos de otro, es por lo comun de una manera conforme al genio y estilo del que habla, aunque sin alterar en nada la verdad. Esto es lo que todos los días se experimenta en las conversaciones y en los libros. Una misma relacion varía en boca de dos personas; y ambas sin embargo, dicen la verdad. Las cartas del senado romano, y las de los reyes de Laodemia referidas en los libros de los Macabeos, están redactadas segun el gusto de los Hebreos, muy diferente del de los Romanos y Griegos. Compárense los mismos evangelistas entre sí en los discursos que refieren del Salvador, y se observarán diferencias en el estilo, en el orden, y en las palabras. Además, habiendo S. Juan emprendido su obra con el objeto de suplir lo que no habian dicho los otros evangelistas, preciso era que refiriese discursos que aquellos no habian referido; y la naturaleza misma de las cosas de que habla, omitidas en los otros evangelios, es tambien una de las causas de la diversidad de estilo. S. Juan refiere todo lo que hay de mas sublime en la religion de Jesucristo; y las verdades que nos inculca son especulativas en la mayor parte. Los otros evangelistas se han dedicado mas bien á los hechos y verdades de práctica; y la relacion de esta especie de cosas demanda un estilo muy diverso.

Grocio (2) creía que el último capítulo de S. Juan era anadido, y que era obra de la Iglesia de Efeso, que de este modo quería hacer conocer á los fieles el poco aprecio que debia hacerse del rumor que se habia esparcido de que S. Juan no moriria. En efecto, los

V.
Observaciones sobre el último capítulo del evangelio de S. Juan.

(1) *Epiph. haeres. 51. Aug. haeres. 30.*—(2) *Grot. in Joan. xx. 30. 31.*

dos últimos versículos del capítulo xx. parecen una conclusion muy natural de este evangelio: *Muchos y diferentes milagros hizo Jesus en presencia de sus discipulos, que no están escritos en este libro. Pero estos se han escrito, para que creais que Jesus es el Cristo, Hijo de Dios, y creyendo, tengais vida en su nombre.* Otros (1) creyeron que solo los dos versículos últimos del cap. xxi no eran de S. Juan; porque efectivamente se habla en ellos de un modo que conviene mas á sus discipulos, que á él mismo: *Este es aquel discipulo que da testimonio de estas cosas, y escribió esto; y sabemos que su testimonio es verdadero. Hay en verdad otras muchas cosas que hizo Jesus, que si se escribiesen cada una de por sí, ni el mismo mundo, creo, abarcaria los libros que hubieran de escribirse.*

Mas nosotros no tratamos de alterar los antiguos límites que fijaron nuestros padres (2). Toda la Iglesia ha reverenciado siempre este último capítulo como obra de S. Juan, y nosotros lo profesamos el mismo respeto. El concilio de Trento admitió este evangelio integro y con todas sus partes en el cánón, y nosotros igualmente lo tenemos todo por sagrado y canónico. Las conjeturas, por mas plausibles que sean, jamas llegarán al grado de autoridad que seria necesario para hacernos abandonar el parecer de nuestros padres; tememos mucho tocar á estos libros sagrados, que reverenciamos como á oráculos del Espíritu Santo, y como al testamento de nuestro Padre celestial.

Además del evangelio, tenemos de S. Juan tres epístolas y el Apocalipsis, de lo que se hablará en sus respectivos lugares. Los hereges le han supuesto algunos otros escritos, indignos de este gran santo; por ejemplo, *los Vírgenes de S. Juan* (3), obra que es acaso la misma que *las Actas* de este apóstol (4). Se cita bajo su nombre el *libro de la Muerte y Asuncion de la Virgen* (5). Los Orientales tienen todavía el día de hoy liturgias que atribuyen á S. Juan Evangelista. Pero la Iglesia no reconoce bajo el nombre de S. Juan, mas que el evangelio, el Apocalipsis, y las tres epístolas de que se ha hablado (6).

Los antiguos Padres le dan con bastante frecuencia el sobrenombre de *Teólogo*, cualidad que su evangelio, y sobre todo el primer capítulo, le han merecido sin duda. Policrates, obispo de Efeso (7), asegura que S. Juan llevaba en la frente una lámina de oro, como sacerdote de Jesucristo; y se dice que los primeros obispos llevaban esta insignia de honor, para honrar al sacerdocio de la Nueva Ley, á imitacion de los sumos sacerdotes de los Judios; mas de esto no se tienen pruebas que sean seguras.

(1) *Hammond. Le Clerc.*—(2) *Deut. xix. 14. Non assumes et transferes terminos proximi tui quos fixerunt patres in possessione tua. Et xxxv. 17. Maledictus qui transfert terminos proximi sui.*—(3) *Athanas. in Synops.*—(4) *Epiph. haeres. 47.*—(5) *Sicut. Sen. lib. 11. Baron Ansal. an. 44.*—(6) *Conc. Ephes. Athanas. in Synops. Cyrill. Jerosol. Cat. ch. 12. Ephrem. passim. Nysas. vita S. Theodoret. Aster. Amas. homil. 3. ult.*—(7) *Polyerat. apud. Euseb. lib. v. c. 24. Hieron. de Vir. illustr.*

VI
Otras obras compuestas por S. Juan, ó que se le atribuyen. Por qué se le llamó Teólogo.